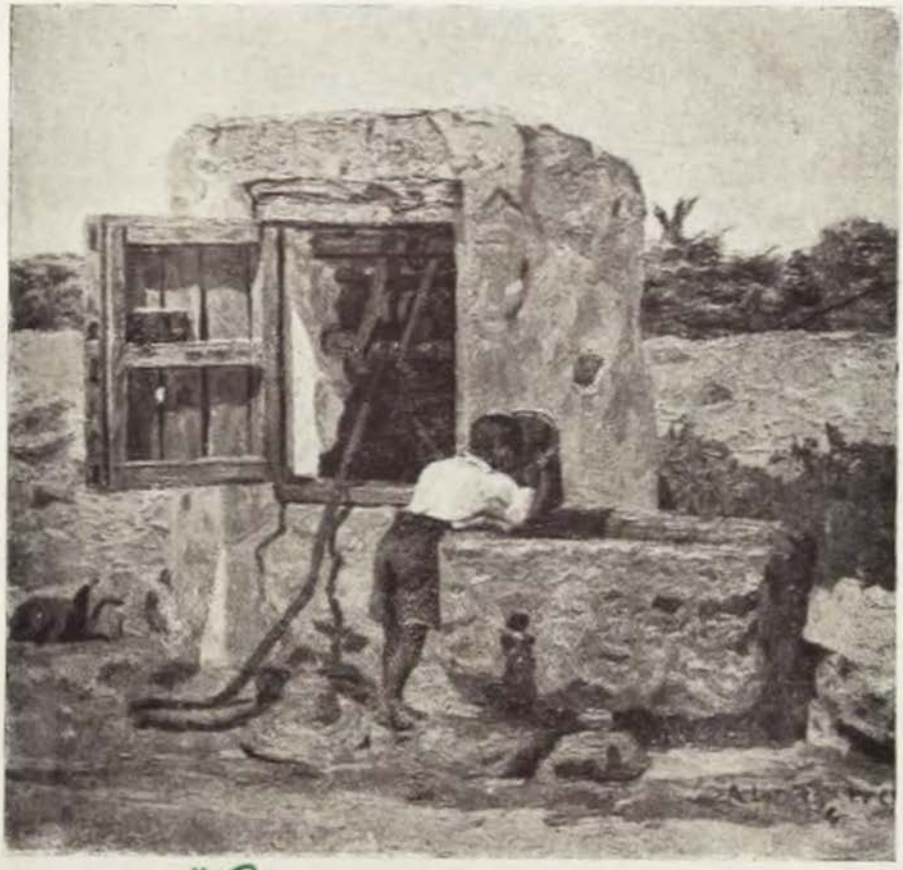
# Albores

## DE ESPIRITU



"EN LA ERA".
Cuadro de López Torres (Rep. Muñoz)

TOMELLOSO, agosto de 1947

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

# Sumario

TOMELLOSO, por CAMILO JOSE CELA, pág. 3.— EL VIEJO MOLINO, por GREGORIO PLANCHUELO PORTALES, pág. 5.—PAMPANOS Y LAURELES, por EVA CERVANTES, pág. 6. SONETO A LA MADRE DEL POETA DURANTE LA GUERRA, por JUAN PEREZ CREUS, pág. 7.—ANGEL DOTOR EN HISPANOAMERICA, por J. L. DE M., pág. 7.—UN POQUITO DE ALGO por JUAN ALCAIDE SANCHEZ, página 9.—EL GALGO DE DON QUIJOTE, por LAZARO MONTERO, pág. 10.—LA SIEGA EN LA MANCHA, págs. 12 y 13.—CLAUSURA FEMENINA: LA EDAD, por MARIA I. PEDRERO, pág. 14.—AQUEL CAMPILLO DE 1920, por FR. BERNARDO MARTINEZ GRANDE, página 15.—AQUELLA GLORIETA NUESTRA, por JORGE LUIS DE MONTESINOS, pág. 17.—DON QUIJOTE Y EL OPTIMISMO, por EDUARDO RUBIO, pág. 21.—GALERIA DE PUBLICACIONES, pág. 23.

Año II

Agosto 1947

Núm. 10

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

Albores
DE ESPIRITU
Revista mensual de exaltación manchega
Fundada por Bodegas Santa Rita, González Lomas, S. L
— DIRECTOR: Francisco Adrados Fernández —
AÑO II TOMELLOSO. agosto de 1947 NUM. 10

# TOMELLOSO

**Por Camilo José Cela**

*El escritor ha vuelto de su excursión a Tomelloso. Tomelloso es un pueblo grande, un pueblo de treinta y cinco mil habitantes situado en el corazón de La Mancha. Tiene las tripas de vino y de coñac, y el viajero, al caminar por sus calles, se imagina que sus pisadas retumban sobre las cubas subterráneas del mosto joven, el vetusto caldo, la penetrante holanda, el brandy aromático.*

*El escritor ha viajado hasta Tomelloso para decir tres o cuatro cosas sobre Cervantes, aprovechando la ocasión que se le brindó. Sobre el IV Centenario de Cervantes—como sobre todo lo humano y todo lo divino, poco más o menos—el escritor tiene sus ideas propias, ideas de otra parte, que no trata de hacer pasar por buenas, ni siquiera por aprovechables, que no intenta difundir entre las gentes porque, entre otras cosas, considera que tratar de hacer prosélitos es de mala educación. Las ideas del escritor son más bien ideas para andar por casa, ideas en zapatillas, de escasa utilidad por lo común, pero que al escritor, que es hombre de pocos posibles, le van valiendo.*

*El escritor dijo en Tomelloso que a Cervantes, lo mejor que le podría pasar sería que lo dejasen en paz. Dijo también que hablar de Cervantes es como hablar de la mar—que nadie sabe, de una manera cierta lo que es— y que, por regla general, lo que se nos ha venido diciendo de Cervantes no pasa de ser una pura anécdota aproximada, algo que a las*



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

*personas serias no puede interesar; cómo se llamó su mujer, si es que la tuvo, cosa que el escritor no recuerda; cuántas novias se echó en su juventud; si padeció o no padeció el sarampión y si es o no es de Alcalá de Henares, de Alcázar de San Juan, de Argamasilla de Alba o del Ferrol del Caudillo, son sucedidos que aclaran bien pocas cosas.*

*El escritor, ya en la cuesta abajo, recordó también las palabras de Cervantes sobre los concursos literarios, de los que hay plaga con motivo de su centenario, que aparecen en la segunda parte del Quijote, «su obra inmortal» o, como dicen los que son algo más originales, «su obra imperecedera»: procure vuesa merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor o la gran calidad de la persona.*

*Las gentes de Tomelloso, que a falta de mejor cosa que hacer en la mañana de domingo, se descolgaron sobre el teatro, escucharon con cierto asentimiento las palabras del escritor. El escritor pensó entonces que para llegar a pensar de acuerdo quienes escuchan y quien habla, lo único que se precisa es no andar dándole vueltas a las cosas no pararse a vestir lo que desnudo está bien.*

*Tomelloso es ciudad ejemplar, pueblo laborioso, entusiasta, incluso enamorado. Múltiples chimeneas de fábrica, un pintor que va reseñando La Mancha parcela a parcela, una revista literaria construída sobre la buena fe, un Alcalde que trabaja como un negro, un notario epicúreo paisano del escritor, un notario que entiende de coñacs, de Velázquez, de arquitectura y de Derecho Inmobiliario y un puñado de pequeños cosecheros agrupados en torno a un espíritu fuerte, hacen de Tomelloso lo que no es frecuente que se suela hacer: una civilización en este caso bajo un sol de justicia, agobiador, plúmbeo, casi, casi mortal.*

*El escritor ha vuelto de su excursión a Tomelloso y está pensando en repetir su excursión a Tomelloso. Alguien quedó en el pueblo encargado de preparar una descubierta sobre la cueva de Montesinos, el cavernón que conoció Cervantes, la sima que según es fama se tragó a un inglés y a dónde, por los síntomas no llegó a bajar Azorín. De lo que haya dentro ya se hablará algún día.*

*¿Para qué más? Tomelloso, con la curtida cabeza al sol y la panza rebosante de coñac y de vino, con sus treinta y cinco mil habitantes y sus cuatro kilómetros de diámetro, espera sin grandes apuros que el tiempo pase y, con el tiempo, que pase también el olvido la obstinada lejanía de todas las vías de comunicación. Un pueblo que trabaja, que sonríe y que los domingos por la mañana va a las conferencias, es un pueblo que sabe que esperar impúnemente, un pueblo que sabe que esperar no es malo cuando la meta está bien conocida.*

*Mientras tanto, Tomelloso se prepara, y por tener de todo tiene hasta su novelista: García Pavón, finalista el año pasado en el más difícil concurso español.*

**(Del diario "Arriba", de Madrid; 17 de junio de 1947.)**



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

# EL VIEJO MOLINO

EN mi quehacer de naturalista por estas llanuras manchegas, como en mis correrías por tierras más accidentadas y risueñas de prados permanentemente verdes, bosques umbrosos y abundancia de aguas bulliciosas, he sentido siempre atracción por los molinos rústicos harineros movidos por el agua. Es la *aceña*—su verdadero nombre castellano— que se oculta entre el boscaje del fondo de un valle, en la España lluviosa de paisajes alegres y risueños, o entre los copudos álamos que en la llanura se destacan como un oasis.

Aquí, su proximidad se siente con más deseo y atracción, pues a la terminación de una larga caminata por la polvorienta llanura, ¡con cuánto deseo se aproxima el andariego en busca de su asilo acogedor! La fresca sombra de sus álamos de hojas temblonas, el murmullo del agua que del *caz* se precipita por el *salto* bullicioso (engendrador de su energía) o por el *ladrón* aliviadero, dan al ánimo fatigado del caminante una sensación inefable de bienestar y acogimiento que nunca se olvidan.

Por eso yo, que tanto regocijo y satisfacción he experimentado en sus florestas acogedoras, quiero aquí, mirando a esta fotografía de un viejo molino manchego, dedicarle con mi torpe pluma estas mal hilvanadas líneas. Bien merecías otra mejor tajada que la mía que supiera contarte en bellos y sonoros versos, ¡viejo molino!, que la poesía sería la forma más adecuada para hacerlo.

Molino maquilero humilde, de paredes desconchadas y desvencijadas, que palpitas en tu seno como cosa viva. Al compás de la *cítola*, vas dejando caer los rubios granos de trigo desde la tolva a las *muelas*—regulando la cibera— para ser como purificado en forma de blanca harina que servirá para la confección de nuestro pan cotidiano. Pan bendito que desde los tiempos más antiguos pide el hombre en sus diarias oraciones para que no le falte cada día. De ahí que tu actividad tenga la función de un



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

rito, y tus moradores, con las caras y manos enharinadas, parezcan seres extraños entregados a tan importante faena.

Completan tu cuadro—¡oh, viejo molino!—las imprescindibles aves de corral que de aquí y allá picotean por el suelo los granos desperdigados por doquier; y, entre el ruído producido por el girar alocado de las piedras y el vaivén de cribas y zarandas, fundido con el murmullo de las aguas que se precipitan en el *salto*, se cuentan las leyendas que van de boca en boca, o las más absurdas noticias que llegan hasta ti de los que vienen a coger el fruto de tu trabajo.

Y, para terminar, recordemos que siempre han sido los molinos o *aceñas* objeto de inspiración de pintores, poetas y literatos. Evoquemos cuadros de artistas famosos en que el motivo ha sido muchas veces estos molinos rústicos, y, de nuestra literatura, se nos viene a la memoria el argumento de una preciosa novela: «El sombrero de tres picos», de nuestro insigne Alarcón, cuya trama más importante se desenvuelve en uno de estos típicos molinos.

¡Molino que en la Mancha acojes en tu fresco regazo al pobre caminante que, fatigado de la jornada y agobiado por los ardores del sol, les das frescura, descanso y reposo para su espíritu! ¡Sean estas líneas, al evocarte, el tributo de mi gratitud y feliz recuerdo!

**Gregorio Planchuelo Portalés.**

# Pámpanos y laureles...

AFRODISIO

**El vino tiene, porque amor lo incita,**
**una sangre sin paz: un bravo toro**
**mayúsculo, brutal, gentil, sonoro,**
**pero que doma y domará Afrodita.**

**¡Amor domando al monstruo que se irrita!**
**¡Amor venciendo en el torneo de oro!**
**—Sobre una peña, Valdepeñas, moro,**
**al Amor y a Endimión conjunta y cita.—**

**En la bodega se libró el combate...**
**Corre la sangre en fulgurante vena...**
**Fuera, la luna coronó el alisio...**

**El amor ciego al bravo toro abate,**
**y pasa por la Mancha Anadiomena**
**pámpanos y laureles, Afrodisio.**

**Eva Cervantes.**

**En Sevilla, 1947**



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

## SONETO

# a la madre del poeta durante la guerra

"O misero colui che i giorni Conta" (Petrarca).

No estás lejos de mí por más que ausente
de ti tienen mis ojos sin tu lumbre
toda la poderosa pesadumbre
del desierto que clama por la fuente.

De mi esperanza en ti, qué dulcemente
la limpia y apretada muchedumbre
busca márgenes vivas donde alumbre
la nieve suspirada de tu frente.

Esta angustia de guerra es inventada
y sólo es cierto el sueño, cuando llegas
en alas del milagro iluminada.

Por ti se hace mi espera sosegada,
por ti se hace en mis densas noches ciegas
navegable y cordial la madrugada.

**Juan Pérez - Creus.**

## Angel Dotor

# EN HISPANOAMERICA

UNO de los más auténticos valores de que hoy puede enorgullecerse la Mancha es, sin duda alguna, Angel Dotor. Nacido en Argamasilla de Alba el año 1898, Dotor y Municio se entregó ya desde su juventud a la carrera de las Letras. Una vocación innata y una firme voluntad fueron las palancas que movieron el ánimo de nuestro escritor llevándole al destacado lugar que hoy, tan merecidamente, ocupa en el ámbito de las letras españolas.

La tarea desarrollada hasta nuestros días por Angel Dotor se compendia en una veintena de obras donde puede apreciarse el vigor y empuje de la pluma de este manchego; unas veces a través de sus celebradas obras literarias; otras, en sus acertados estudios críticos sobre los monumentos artísticos españoles, y no pocas en las diversas monografías que, acerca de numerosos pintores españoles, ha escrito.

Sin embargo, nosotros hemos querido traer hoy a estas páginas el nombre de Angel Dotor, no para enumerar su labor en el campo de las letras nacionales, porque ésta es conocida sobradamente por nuestros lectores, ya que a ella dedicamos un breve comentario en el número de ALBORES DE ESPIRITU correspondiente al mes de enero del año actual, sino para rendirle nuestro homenaje por su



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

destacada tarea como escritor hispanoamericanista. A nuestro juicio, el mayor galardón que puede coronar la brillante carrera de nuestro paisano es ese constante afán por reforzar los lazos culturales entre las naciones de Hispanoamérica y la madre Patria. Con el brío juvenil y la brillantez de su pluma, Angel Dotor ha llevado año tras año a las páginas de las más importantes publicaciones suramericanas el conocimiento de los más relevantes valores de nuestra literatura, importando, a su vez, la difusión de los escritores que mayor prestigio han gozado en las jóvenes naciones de allende el Atlántico. El nombre de Angel Dotor, merced a este constante esfuerzo de acercamiento, se ha extendido por todos los países de habla española, incluso a las islas Filipinas, ganándose el aprecio de los medios culturales de tales puntos.

En 1929, Angel Dotor publicó un libro de crítica acerca de los movimientos literario y artístico del lustro 1924-1929, titulado *Mirador*. En este libro, Angel Dotor dedicó varios capítulos al estudio y comentario de la literatura y el arte hispanoamericanos. Nuestro escritor va reflejando en tales páginas la tarea meritísima de incontables escritores y artistas de la América española. Hay una bellísima meditación sobre Amado Nervo, en la que el sentimiento de Angel Dotor vibra con las evocaciones del eximio poeta, a través de una prosa diáfana, encendida... Después surgen los nombres de Blanco Fombona, Eduardo Barrios, Angélica Palma, Rosario Sansores, Carlos Octavio Bunge... y tantos otros genios cuyo recuerdo palpita hoy en las páginas amarillentas de la obra de Dotor, enmarcado en el maravilloso retrato que de ellos hiciera nuestro ilustre paisano.

Transcurren los años y Angel Dotor seguirá siempre en la vanguardia de los escritores españoles que se inquietan día tras día por el afianzamiento de los vínculos raciales y lingüísticos que son comunes a los pueblos hispanoamericanos. Merced a esta incansable labor, nuestra amada Mancha será conocida, poco a poco en todos los lugares de habla española. La pluma de Dotor será la mensajera que llevará la esencia de nuestro paisaje, nuestras costumbres, nuestro modo de ser y de vivir, a través de sus numerosos artículos esparcidos por las más importantes publicaciones del nuevo continente. Y merced a esta callada labor se sabrá que por la vena más honda del pueblo manchego discurre aún la sangre del más puro «quijotismo»... Se sabrá que aún no ha muerto en nuestra tierra ese espíritu idealista que inspiró la obra cumbre del idioma.

La tarea de Angel Dotor al servicio de las letras hispanoamericanas no ha finalizado todavía. Creemos nosotros, con harto fundamento, que ello no se cumplirá mientras que nuestro paisano tenga el más leve aliento de vida. Tal es el cariño que siente hacia estas cuestiones, por las que ha sacrificado los mejores días de su existencia. Como exponente de esto, citaremos el libro de Dotor aparecido en 1943 acerca de *María Enriqueta y su obra*. Remitimos al lector al conocimiento de este valioso estudio donde tan gallardamente está perfilada la vida de la ilustre escritora mejicana, cuya obra comenta Dotor con el mayor acierto.

Sabemos que no necesitaba nuestro paisano de estas sencillas líneas. Antes tememos que hieran su sencillez y llaneza características. Pero creemos cumplir un deber trayendo al modesto marco de nuestra revista la enumeración de esta continuada labor de Angel Dotor, que le ha valido el unánime elogio de todos cuantos desde América aman a España, y de quienes en España se inquietan por la grandeza de las jóvenes naciones. Conste aquí la honda gratitud de su tierra, no menos honda que la que hacia Angel Dotor sientes en hispanoamérica, y de la que nos dará una idea este soneto de Rosario Sansores, con que cerraremos nuestro trabajo:

*Este señor don Angel, que naciera en Castilla,*
*tiene los ojos graves, el porte varonil*
*y un alma abierta y franca, generosa y sencilla,*
*donde alza el optimismo su llama juvenil.*

*Escritor de talento, va observando la vida,*
*y su pluma describe, de modo sin igual,*
*la emoción turbadora, que se queda prendida,*
*como un dulce perfume, loco y primaveral.*

*Este señor don Angel, de gentil apostura,*
*como aquel Caballero de la Triste Figura,*
*de toda noble empresa tórnase paladín.*

*Ama los bellos versos y la prosa galana,*
*y cultiva en su huerto, como rosa temprana,*
*un ensueño más blanco que nevado jazmín.*

**J. L. de M.**



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

# Un poquito de "algo"

Medio verso en voz baja,
a López Torres.

Hoy, que mira la tarde
con ojos de muchacha,
que muele cielo el pájaro
y bate luz la rama...
Hoy que huele la hierba
a merienda lejana:
pitidos de zampoña
y el pan y la naranja...
Hoy que están como en vilo
la pluma y la garganta,
les digo a tus pinceles:
—¡Bendita esa pintura, que es infancia!

Mi Juan de Yepes iba
jugando esta mañana.
Volcó tus azucenas,
y se incendió la cara.
Quedó en el aire el polen
temblando como un ala.
El polen es... tu margen,
tu clima, tu fragancia.
Lo demás, perinolas,
canicas, bolas, águilas...
Y también, campo, campo:
arados, carros, barjas...
Y aquellos borriquillos
—Juan Ramón los amansa—
que de "Platero" esperan
regalos de cebada.
¡Oh, nuevo Fray Angélico,
cómo llevas la carne arrodillada!

Hay que tener los ojos
con miel en las pestañas.
Hay que mostrar la boca
lívida, como santa.
Hay que pisar, despacio,
por lilas deslliladas.
Sabremos todo entonces:
el trino, el aire, el agua...
Veremos tu pintura:
buena, sencilla, mansa...
¡Pintura niña y novia,
casi sin sangre, blanca!,
Sabremos tu secreto,
así, sin más palabras:
EL ALMA, EN RESPLANDORES.
GABRIEL, EN LA VENTANA:
—"DIOS TE SALVE MARIA..."
¡PREÑADA TU PALETA TODA GRACIA!

Juan Alcaide Sánchez.



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

# El galgo de Don Quijote

ERA hidalgo Alonso Quijano. Y como buen hidalgo, de los de lanza tras la puerta, rocín en el establo, adarga en la cámra, barjuleta o bolsa en la cabecera, bermia o capa larga a modo de manto sobre la cama, y moza que le ponía la olla. Al repetir Guevara este ajuar en el «Cancionero general» de Hernando del Castillo, agrega el galgo:

Amor en surcos perfectos
andar a ver como siembran;
amor de como se miembra
de vos los hijos y nietos:
amor de gran presunpción
d'aver sido buen guerrero:
amor de red y hurón,
buen morní, «galgo lebrero».

El «can gallicus» va perdiendo poco a poco extranjerismo, haciéndose consubstancial con la meseta. Su línea horizontal, dirá Ortega. Y poco a poco también, a medida que los castillos se vacían y las casas de labor se blasonan, la caza deja de ser entrenamiento para más altos fines y se convierte en fin de sí misma. Nacen la pasión y el orgullo del cazador. Y así los días de fiesta, concluída la misa, nuestro hidalgo ensillaba el rocín y salía al campo precedido de su galgo. Prefería correr liebres a asistir al concejo y presenciar el juego del herrón, la lucha de los mozos en el prado y el baile de las mozas bajo el álamo. Ya en el ejido, echaba por el encinar cercano o atajaba por olivares y viñedos. La liebre —temblor eléctrico— saltaba de la sombra de la retama o del carrasco, o de la fresca vid cargada de pámpanos. Y liebre y galgo en torbellino, perdíanse entre las matas. El rocín sentíase impelido a alocado galope, y había de tirar fuerte de las riendas el jinete cuando, viendo el galgo ya de regreso con la pieza cobrada, quería detenerlo. El galgo de Alonso Quijano era veloz y astuto. Galgo barcino, o malo o muy fino.

Pero un domingo el hidalgo decide suspender su cinegética. De tiempo atrás venía el galgo extrañando a su dueño. Le veía entregado de continuo a la lectura. Más de una vez lo sorprendió en soliloquio. Tendido a los pies, iba siendo testigo de la transformación de Alonso Quijano. Advirtió su exaltación ante los triunfos de Amadís y su paso y repaso de las razones y sinrazones de Feliciano de Silva. Dice Guevara en sus Epístolas que «el valeroso caballero no se ha de preciar de tener gran librería, sino



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

buena armería». Pero tras Carlos I reinó Felipe II y éste estuvo ya empeñado en dotar a El Escorial de buena biblioteca. Libros y reliquias. No es de extrañar, pues, que el hidalgo manchego aumentase sus libros hasta colmar aposento a propósito. Su bibliografía le costó muchas faneges de sembradura. Y el abandono de sus demás ocupaciones. De poco vale que la mimbre cara del galgo se tuerza y retorza ante él, se estire y bostece, se frote y refrote contra sus largas zancas. La caza se había concluído en el mismo instante en que el hidalgo se dispuso a hacerse caballero, y caballero andante.

Al quedar convertido el hidalgo de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor en Don Quijote, la lanza, la adarga y el rocín son acomodadas a su nueva vida. No ocurre lo mismo con el galgo. El galgo se hace un ovillo en el umbral de la historia de su señor. Precisamente ahora que Alonso Quijano «va a ser», pues va a dejar historia que contar, el galgo muéstrase dispuesto a aprovechar su elasticidad para arrojarse por la margen. Pudo entrar en el libro, como el ama, la sobrina, el cura o el barbero y ser en él para su señor una llama más, acaso la más angustiosa, a la cordura. Pero en cuanto asoma en la historia el puntiagudo hocico, es borrado de ella definitivamente. Nada se nos vuelve a decir de él. Es fama que al principio permaneció en la casa. Aguantaba pacientemente las tarascadas del ama, que nunca llegó a comprender su atávica manía de espumar los pucheros. Tampoco con Antonia Quijano, impertinente y poco dada a la ternura, congeniaba. Con la falta de ejercicio se le habían entumecido las patas y era preciso aguantar. Estuvo a punto de convertirse en un faldero, con el lebrel de la casa y la pintura de Julia Minguillón. Mas era la esperanza de su señor lo que le mantenía allí. Cuando tras su primera salida le devolvió a su casa su convecino Pedro Alonso—Pedro Alonso, como el de mi pueblo, Villar de Peralonso—, el galgo corrió a su encuentro y le lamió manos y piernas. Pronto oyó las razones de Don Quijote y se le murió la esperanza. Al ver después entrar y salir a Sancho y conocer su concierto con su señor, dió el caso por perdido. Y se marchó.

Se marchó, como su señor, antes del alba y por la puerta trasera del corral, sin ser advertido. No son los galgos, perros labradores. Tampoco son vagabundos, como Cipión y Berganza. Tuvo que desistir de vivir de su industria, libre y sin dueño. Hubo de acogerse a amo, y un día se vió comiendo en la abundante cocina de un labrador manchego. Luego supo que se hallaba en Quintanar y en casa de Juan Haldudo, apodado el Rico.

**Lázaro Montero.**

*«Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte; y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que, de baja estirpe nacidos, han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te causaran...»*

(De los consejos que dió Don Quijote a Sancho Panza. Parte segunda: cap. XLII.)



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

# La siega en la Mancha

"Cuadrilla de segadores", cuadro de López Torres.

"Muchachos recogiendo paja, cuadro de López Torres.

Galera de mies cargada, por Joaquín González. (Foto Muñoz.)

Otra hermosa galera cargada, por Alfonso Marta. (Foto Muñoz.)

Una era en plena faena. Foto Muñoz.

Segadores. (Foto J. L.)

Segadores. (Foto J. L.)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

# CLAUSURA FEMENINA: LA EDAD

DICEN que el tema de los años es conversación de gente insulsa, yo creo más bien que lo es de personas curiosas o de aquellas que, interiormente, se glorían en ver mentir a sus semejantes; ¿criterio avanzado? No, simplemente cierto.

Se han dicho muchas cosas sobre la edad en la mujer, amargas, las unas; humorísticas, las otras; como aquello de que no hay nada más incierto que los años de las señoras que se dicen de «cierta edad».

Hasta la fecha en España se ha respetado esta clausura femenina; las guerras no movilizaron a sus mujeres y ellas pudieron seguir gozando de una perenne juventud.

Nosotros nos unimos a los que opinan que no es posible definir, sin tener a la vista la partida de nacimiento, los años de una mujer; partimos de la base de aquel escritor que decía no ser lo mismo años que edad. La verdad es que aseguraríamos que si la mujer miente es porque el hombre, o generalizando, la sociedad, le obliga; nos explicaremos: Se ha hecho regla el criterio de que la mujer, al responder su edad, se quita siempre, como mínimo, un par de años, de lo que sacamos la consecuencia de que aquella que con la mayor naturalidad dice su edad verdadera, el que la recoge aumenta con su imaginación al número dicho los dos célebres añitos que se supone hizo de rebaja, lo que viene a demostrarnos que, para que los demás sepan nuestra verdadera edad, tenemos, forzosamente, que mentir.

Por su mucha frecuencia hemos llegado a familiarizarnos con esta mentira piadosa que a nadie hace daño nada más que a nosotros mismos, pues a fuerza de subir, bajar y plantarnos, llegará un día en que de verdad ignoremos los años que llevamos sobre la tierra.

Este pecado no es exclusivo de nuestros tiempos. Se cuenta que al preguntarle cierta vez a Napoleón cuáles eran a su juicio los diez mejores años de la mujer, contestó con la mayor naturalidad: «De los veinticinco a los veintiséis». Hay que reconocer que era un poco exagerado porque, la verdad, esa constante permanencia la creemos posible en muy pocas mujeres. Siempre hay personas que, no sé si llevadas de sus escasas ocupaciones o su mucha curiosidad, se entretienen en indagar los años verdaderos,, y claro, parece feo que al cogernos infraganti presumiendo de jóvenes nos presenten, bastante apergaminado ya, nuestro título de adultos.

No debíamos de ser así, las personas, al fin y al cabo, no vivimos años de nadie, luego, ¿por qué tanto empeño en presentarnos la triste realidad de los años que ya se nos fueron?

La edad todo lo disculpa, si a nuestros veintidós años hacemos tonterías de dieciocho, ¿no es fácil, bajando unos añitos, justificar nuestro obrar? Y si pasados los treinta y cinco años aun estamos solteras, ¿es motivo para descuidar el tocado y poner cara de amargadas? No señor, que en esto de los años la verdad de todos los siglos es que se tiene la edad que se representa.

Hemos escrito mojando en el tintero de las voces de nuestro sexo, como el artículo llegó a sus límites marcados, nos reservamos discretamente nuestra particular opinión porque, ahora que recordamos, alguien dijo que era conversación de gente insulsa...

**M.ª I. Pedrero**



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

# Aquel Campillo de 1920

"A mi abuelo Federico, extremeño y castúo de cepa."

No puedes acordarte de mi nombre.
Yo fuí un furtivo cazador de ideas.
Y de tu cárcel de morenos bronces,
yo me escapé a otras tierras.
No puedes recordarme
porque has perdido la memoria vieja.
Pero yo te recuerdo
como tú entonces eras.
Una a una pudiera señalarte
esquinas y revueltas...
Tus casas de tapial,
a duro pisón hechas,
que cuelgan indolentes
por el torso bruñido de tus cuestas;
tus calles todas pinas
de rollos y de piedras,
a veces dan de bruces
a alguna silenciosa plazoleta,
donde, entre baba y moscas,
dejan pasar la siesta
los niños **encuerinos,**
cazando hormigas por entre las grietas.
Callejones con bardas
de tamujos punzantes y de tierra,
cortinales de olivos,
y en la plácida vega
algún que otro pozuelo de aguas sucias.
de lagostos y hierbas.
Y esto lo ve la torre,
la torre cuellicorta, mocha, cuhiesta,
como gigante moño de castaña,
como un feto de pobre inteligencia.
Las campanas no tienen cigoñal.
Inmóviles, suspensas,
con su lengua de bronce abillardada
y los nudosos nervios de sus cuerdas.
Tienen fechas y nombres
con números y letras,
pero dice la gente
que las campanas éstas,
se llaman **chica y gorda,**
y si el vulgo lo dice cosa cierta...
Y son estas campanas
pacíficas y buenas,



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

amigas fieles de los gorriatos
y la voz servicial de las cigüeñas.
Tuvo un reloj, no mudo pero ciego,
sin agujas ni esfera
con un medido golpe de agonía
que al pasar por el cuarto de las pesas,
monago y sacristán, sobrecogidos,
saltaban la escalera.
No sé si se habrá muerto aquel reloj,
como otras cosas que descansan muertas.
Su golpe de tristura
y los piñones gordos de sus pesas,
me suenan cual si fuesen
eterno diapasón de mi conciencia.

El molino de viento
allá por el **lejío** de las eras
decapitado y roto,
todos lo conocimos sin cabeza.
El vetusto cilindro...
desdentado y sin muelas,
que debió de retar al **castillejo,**
en las edades viejas,
con ademanes de voluble loco,
y con crujidos de sus níveas velas.
Sus hélices de lona
como blancas potencias,
testigos fueron de los caminantes,
que van al Argayén o a Zalamea,
y de las mozas que en la fuente **El Cura,**
entre risas y grescas,
vuelven mordiendo un ramo de mastranzo,
y el cántaro de panza en la cabeza.
Figuras pueblerinas
salsilla de la tierra.
El Tío Nariz,, que fué a la guerra en Cuba;
un Tío Curita que dejó carrera;
una **Señá Delmira** rezadora
y aquella doña Elisa tan completa.
Madre María Leoncia,
la viejecita fuerte y trajinera,
que revendía quincallas en el pueblo
y trataba los mulos en las ferias:
que rezaba en la iglesia a San Antonio.
y cinchaba los haces en la siega.
Doña Clemencia López,
aquella dama que los pobres mientan,
que arrancaba el murmullo de los buenos.
cuando se encaminaba hacia la iglesia.
¡Campillo, pueblo mío!
Campillo que estás cerca de Llerena.
Aun te llevo conmigo
igual que en mi edad tierna.
Y aunque a veces me hieres,
no receles ni temas,
que cuando yo pretendo lacerarte,
mi alma no me deja.

**P. Bernardo Martínez Grande.**



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

# Aquella Glorieta nuestra

(Los pinos, Marcelino y "Lorencete.")

NO te sucede a ti también, lector amigo, al pasar junto a las verjas de nuestra antigua y olvidada Glorieta, que una especie de melancólica tristeza invade tu ánimo y anega tu espíritu, al evocar aquellos días lejanos en que la Glorieta constituía el pequeño retiro a donde marchaban diariamente niños y ancianos; los unos, a jugar bulliciosamente, y los otros, a solazar el ánimo decaído con la charla enjundiosa?

Ya ves ahora cómo el tiempo se ha encargado de arrebatarnos la alegría y el encanto de este rincón, que hoy pasa casi desapercibido para la mayoría de las gentes.

Los que me sobrepasais en algunos años de edad, recordaréis mejor que yo el esplendor de aquel jardinillo, animado con la figura regordeta de Marcelino, el guardián, y presidido por el simpar *Lorencete*, con su vara de mando y su típico sombrero de ala ancha, desde un sitial de piedra situado en el centro de la fuente. Yo he llegado solamente a tiempo de asistir a lo que pudiéramos llamar «la agonía de la Glorieta».

**El popular "Lorencete", con su vara de mando y el sombrero de ala ancha...**
(Foto Sánchez Montañés.)

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

Recuerdo completamente bien los días aquellos del verano, cuando, al salir de la escuela, corríamos presurosos hacia allá y saltábamos y jugábamos por entre la fronda de los *evonymus* o intentábamos escalar por el tronco de los viejos pinos. Mas he aquí que Marcelino, el terror de los muchachos, sorprendía nuestro avieso intento, propinándonos un magnífico cachete en la cabeza, que en el argot infantil constituía lo que nosotros llamábamos «un capón con música».

Los ancianos madrugaban siempre más que nosotros. Cuando llegábamos, ya estaban ellos sentados en los bancos o en los poyos de junto a la verja. Algunas veces charlaban entretenidos, mientras quemaban el tabaco de sus largas cachimbas, lanzando al aire densas bocanadas de humo, que ascendían, filiformemente, para expandirse entre el follaje de las copas de los pinos. No eran pocos los que, cansados de charlar, dejaban caer la cabeza sobre las rugosas manos, que apoyaban, a su vez, sobre el bastón o garrote. De esta forma quedábanse dormidos, roncando como si descansaran en el más mullido lecho.

Pero aquel sueño no se prolongaba muchos minutos, porque la pelota escapada involuntariamente o la chinita intencionada y, hasta algunas veces, los descuidos incorrectos y excrementicios de los «infelices» pajarillos que danzaban en las ramas... turbaban el reposo de nuestros pobres viejos. Y otra vez se tornaba a la plática en aquel ambiente de verdadera comunidad cristiana, que descuella en ese tratamiento de *hermano*, tan corriente en esta comarca nuestra y, sobre todo, en Tomelloso: el hermano Juan, el hermano José, el hermano Ramón...

Y el hermano Juan hablaba de los malos tiempos que llegaban con la subida del pan en dos céntimos por kilo...

Y el hermano José se desahogaba echando la culpa de todo aquello a tanto *menistro* como había en los *menisterios* de la Corte, que, a su juicio, eran la causa de las «sacaliñas» que implantaba el Gobierno para poder atender a sus numerosos funcionarios...

Y el hermano Ramón evocaba, entre sentencioso y burlón, los tiempos antiguos, «cuando todavía andaba Dios por el mundo... y se vivía *muchismo* mejor sin tanto truhán»...

Luego, una muchedumbre de chicos y chicas invadía la Glorieta. Los unos jugaban al aro, al escondite, a la «pídola»... Las muchachas, cogidas de la mano, jugaban al corro en torno a la fuente de *Lorencete*, cantando el «Mambrú se fué a la guerra...» Y los más pequeñines corrían al lado de sus abuelos, se subían sobre sus piernas y les obligaban a contarles cuentos. ¡Qué deleite y entusiasmo el nuestro, ante la narración del abuelo¡ El pobre anciano tenía forzosamente que rebuscarse historieta tras historieta para complacer al exigente nietezuelo. Siempre salía a relucir el cuento del hijo del leñador que marchó en busca de fortuna. Y el pequeño rapaz terminaba por dormirse al arrullo de la cansada voz del abuelo, que repetía fatigosamente, para alargar su narración, aquella frase tan corriente en todos los cuentos de la época:

—Andar... y andar... y andar...

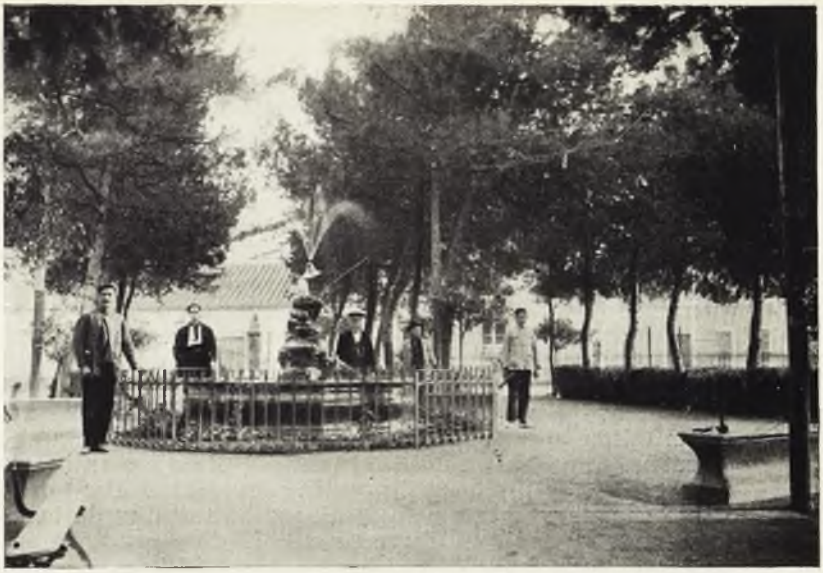
* * *

¡Cuánto hemos andado nosotros desde aquellas fechas, cuántas vueltas ha dado el mundo desde entonces y cuántos de aquellos seres reposarán hoy en la eterna morada!

La Glorieta dejó de ser, definitivamente, lo que fué en los lejanos días de la época que esta crónica pretende reflejar. Y ya no volverá, con toda seguridad, a ofrecer la alegría y el esparcimiento que a grandes y chicos solazaba en los ratos de recreo. Porque para volver a ello, para «resucitar» a la vida con su esplendor pintoresco, tendrían que tornar al mundo los tres elementos imprescindibles sobre los que descansaba todo el encanto singular de nuestra Glorieta: Marcelino, *Lorencete* y los pinos...



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.



**Un aspecto parcial de la glorieta.** (Foto Sánchez Montañés.)

Bien es verdad que los chicos teníamos un miedo enorme al guardián y jardinero. Marcelino, con aquel talante de verdadero guarda y, sobre todo, con su desdichado apéndice nasal, menguado por no sé qué enfermedad, dándole al rostro una fealdad característica, era para nosotros nada menos que el «Bú».

Pero un triste día, a Marcelino se le acabó la vida. Y aquí comenzó el epílogo de la Glorieta.

¿Quién iba ahora a cuidar las flores, a regar los pinos, a recortar, con aquel artificio de gran jardinero, los pequeños arbustos que crecían en las regueras? ¿Quién iba a restaurar cada año, al llegar la temporada de primavera y verano, los deterioros que el invierno había causado en el pintado atuendo de *Lorencete*? ¿Quién, en fin, iba a renovar la vara de mando en las manos de la simpática estatuilla y a cuidar a los pajarillos con migas de pan todos los días y con granos de alpiste en las fechas festivas?... Murió Marcelino y... ¡adiós, Gorieta!

* * *

Un día de la primavera siguiente a la muerte de Marcelino se abrían nuevamente las puertas de la Glorieta. Ahora había otro guardián.

Volvimos los muchachos a poblar el cada vez más insuficiente recinto. Pero, ¡triste paradoja!, echábamos de menos la presencia de Marcelino. Nuestra infantil felicidad se truncaba por ensalmo ante la ausencia del popular jardinero y, aunque decirlo resulte gracioso, la verdad es que hubiéramos preferido la vuelta a los días en que Marcelino nos perseguía incansable entre la arboleda para regalarnos sus «suculentos capirotes» con aquellas manazas tan grandes.

Presentíamos en nuestro interior que nos hallábamos en las postrimerías de la época esplendorosa de nuestra Glorieta. Muchas veces, *Lorencete* venía a suplir la ausencia de su inseparable jardinero, infundiéndonos como un cariñoso respeto. Pero en una ocasión, unos traviesos rapaces, burlando la vigilancia del nuevo guardián, asaltaron la barandilla de hierro que circundaba la fuente, treparon sobre aquélla y arrebataron a *Lorencete* su vara de mando. La popular estatua acabó por perder su autoridad. Todo, pues, siguió de mal en peor. Los muchachos perdieron su habitual costumbre de visitar la Glorieta y, claro está, los ancianos, que encontraban a partir de entonces demasiado solitario aquel lugar, tomaron también las de Villadiego.



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

Otro día, de desdichada memoria en la pequeña historia de la Glorieta, la incultura de unos hombres y la desidia y abandono de otros, dieron en tierra con el ya menoscabado cuerpo de *Lorencete*. Y al desaparecer la simpática figura, que aún daba, con su presencia, perfiles de cierto encanto al abandonado parque en miniatura, la época de esplendor de la Glorieta desapareció también por completo y, con ella, aquel alegre jugar de los chicos, aquel danzar de las muchachas en torno a la fuente, entonando el «Mambrú se fué a la guerra», aquel melodioso trinar de los pajarillos, aquel platicar enjundioso del hermano Juan, del hermano José, del hermano Ramón... y, en suma, aquellos añorados y venturosos días de feliz recordación.

Sólo quedaban, como elementos pintorescos de la Glorieta, los viejos pinos. ¡Pobres pinos! ¿No os duele también a vosotros la desaparición de aquellos árboles que para todos eran poco menos que sagrados? Porque, ya lo sabéis, en el mismo sitio donde se había construído la Glorieta existió el segundo cementerio de nuestra ciudad (el primero, como era antigua costumbre en todos los pueblos, estuvo junto a la iglesia parroquial). Por esto, los pinos infundían tanto respeto y cariño a los ancianos contertulios de la Glorieta, que sabían que unos metros más abajo descansaban los restos de sus abuelos. Cuántas veces, el hermano Juan, el hermano José o el hermano Ramón evocarían a sus antepasados, señalando, pausadamente, con la extremidad del bastón, la bendita tierra aquélla.

¡Sagrados y venerables pinos los de la Glorieta, cuya savia tenía aún el jugo, también sagrado, que las profundas raíces tomaran junto a los restos podridos de aquel Juan Galindo, que fundó, con su hacienda, un hospital para recoger pobres, precisamente partiendo lindes con el segundo cementerio de Tomelloso!

¡Solos quedaron los pinos! Y así como el noble Marcelino y el popular *Lorencete* se hicieron viejos y pasaron a vida mejor, así ellos también se encorvaban lentamente por el peso de tantos años, y en las lúgubres noches invernales movían sus copas pausadamente, mientras el viento producía, al chocar contra sus ramas, un silbido funesto.

Por fin, y ante el temor de que se derrumbaran el día menos pensado, causando alguna desgracia, los pinos fueron sacados y la Glorieta perdió su último atractivo.

* * *

¿Comprendes ahora, lector amigo, la razón de esta melancolía que se apodera de mi ánimo, al atravesar junto a las rejas de la antigua y olvidada Glorieta? Hoy sólo queda este recinto como evocación de un ayer lejano que todos añoramos desde el fondo de nuestro corazón.

Pero no te detengas, lector, ante este cadáver sin alma. Pasa de largo junto a las rejas de la Glorieta y procura que no te asalten, tal como a mí me ha sucedido, esas alucinaciones que me han hecho ver otra vez, moviéndose como fantasmas entre los nuevos arbustos que ahora pueblan este jardinillo, las figuras venerables de Marcelino y *Lorencete* y escuchar la voz pausada y sentenciosa del hermano Juan, del hermano José o del hermano Ramón, mientras otro anciano mece sobre sus piernas al juguetón nietezuelo, que quedó rendido cuando el abuelo le refería aquel cuento del hijo del leñador que salió a buscar fortuna. Y hasta me parece oir de nuevo, como saliendo del más apartado rincón, aquella frase que salpicaba todos los cuentos de la época:

—Andar... y andar... y andar...

**Jorge Luis de Montesinos**



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

# Don Quijote

## Y EL OPTIMISMO

EN refrán—tan cargado de sabiduría como todos—asegura que lo último que se pierde es la esperanza. Con ello se da por descontado que la esperanza es una cualidad inherente a nuestra personalidad, un don que todos los humanos poseemos. Ello significa, pues, la existencia de una fundamental comunidad, de un hilillo misterioso e invisible que une a los hombres por encima de meridianos y paralelos. Cervantes—y decir Cervantes es decir Don Quijote—, que supo conocer tan bien a los hombres, hubo de poseerla en el más alto grado. Por eso en el Quijote se reconocen todos: el europeo y el americano; el hombre de ayer y el de hoy.

El dolor es un poderoso aglutinante, una rasera gigantesca que iguala a todos los hombres, pero nada les une tanto como la Fe y la Esperanza. Cervantes y Don Quijote, doloridos y vapuleados a lo largo de toda su existencia, nunca pierden la esperanza: un dolorido sentir campea en todas las páginas del libro inmortal, pero una perenne y dulce sonrisa alegra la suave tristeza: una sonrisa que nace de la esperanza, del más incontenible y confiado optimismo. Nunca ríe Don Quijote. Una sola vez alborota Sancho con sus carcajadas en la temerosa y no empezada aventura de los batanes. Pero ello no impide que la actitud de los dos héroes sea siempre la del hombre más esperanzado y creyente. Tres salidas hace Don Quijote en busca de aventuras por el campo manchego: va «contento y alborozado», siéntese inmenso en la comunidad humana, su corazón recoge el amor y la caridad que inunda todo su ser para verterlo hacia fuera, para proyectarla hacia la humanidad entera. Ni en una sola ocasión espera ninguno de los dos andantes el pago inmediato de su generosidad y de sus esfuerzos: ni aun el propio Sancho—más práctico y realista—se acuerda más que en contadas ocasiones de su salario que nunca llega a cobrar: ambos saben que, inexorablemente, la justicia divina premia y castiga sin fallo ni error. Y ambos salen al mundo, sabiéndose brazo ejecutor de esa justicia eterna, sintiéndose instrumentos de una voluntad superior que les anima y fortalece. Magos y encantadores pueden tundir sus cuerpos, pero la confianza nunca decae en ellos: siempre hay una luecita que les alumbra y sostiene: la luz de la Esperanza.

Y la esperanza siempre es alegre. No con la alegría ruidosa y alborotada de las carcajadas, sino con el sosegado regocijo, con el interior y dulce bienestar de la misión cumplida.

No; Don Quijote no es un hombre pesimista y decadente como quisieron verlo quienes eran pesimistas y decadentes. Las fibras más íntimas y cálidas de su ser vibran con su entonación más en-



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

cendida frente al entuerto y el desafuero. En el mundo hay seres malvados, pero antes que malvados son hombres. Aquellos galeotes que los cuadrilleros llevan encadenados van a galeras «contra su voluntad». La voluntad humana y la libertad, que es su concreción más inmediata, son valores indisolublemente unidos a la personalidad, y de consiguiente, aquellos galeotes son como hombres amputados en la raíz y esencia de su propio ser, son seres a quien su ignorancia o su mala suerte han hecho desgraciados. Y en su socorro se lanza Don Quijote saltando por encima de una ley que él considera injusta. No espera ni quiere pago: de ninguna clase si no es el simbólico vasallaje y rendimiento de los cautivos ante la hermosura de Dulcinea. No hace sino obrar como quien es, que el caballero andante no quiere más premio que el reconocimiento de su condición, la más noble y esforzada de todas las humanas.

El Quijote es un libro humano, profundamente humano, porque a lo largo y a lo ancho de sus páginas hay un conmovedor y sencillo optimismo. No el optimismo bobalicón del jovenzuelo ingenuo, sino el reposado y sereno del hombre maduro sabedor de las flaquezas y miserias que le rodean, conocedor de sus semejantes a quienes castiga, no con la acidez de la sátira envenenada, sino con la fina ironía de un retrato que es ejemplo y estímulo, vocación e ideal. Y no conviene olvidar que los ideales se hallan más allá de la Razón y tan cerca de la Fe que ellos son la Fe misma hecha concreción material, por muy paradójico que esto se nos antoje. Por eso Don Quijote busca la realización de sus ideales más allá de la sensatez y el sentido común, en los límites de la locura, de una santa locura equiparable a la más encendida fe: que si la Fe mueve las montañas, la locura del ideal vence gigantes y derrota ejércitos enteros, aunque sean molinos de viento y rebaños de corderos. El brazo y la voluntad quedan: encantadores y magos pueden oponer sus malas artes, pero la venta será castillo y no otra cosa, y Dulcinea nunca será Aldonza.

Hasta en este trastruque y cambio de nombres hay como un deseo de borrar cuanto de chato y humilde tiene la vida, hay como un afán evasivo ante la realidad. Pero no se trata de una evasión cobarde y vergonzosa: no es un querer encerrarse en una torre de marfil para construirse un mundo a su voluntad y capricho, sino un abrir los ojos ante un mundo, que por impulso de la fantasía queda vencedor de la realidad. Un mundo hecho a fuerza de voluntad y tesón, a fuerza de ver realidad lo que la esperanza ha soñado. Un hombre sin sueños, sin esperanzas ni fe no es un hombre: es un pobre monstruo que vaga por el mundo con el fardo pesadísimo de su escepticismo, con el plomo agobiador de su «no» a cuanto de humano hay en el mundo y más allá del mundo.

No; Don Quijote no es un hombre pesimista. No niega, sino que afirma. No destruye, sino que crea, y crear es también un poco, o un mucho, creer. Forja un mundo donde sólo la verdad triunfa, donde los sentimientos humanos tienen su más alto rango y valor, porque son atributos del hombre en todo su vigor y realidad. Un mundo en el que todo se ordena a la consecución de ese fin último para el que hemos sido creados: la salvación. Por eso Don Quijote recobra la razón antes de morir. No destruye cuanto crearan sus esfuerzos y aventuras, no destroza el mundo de caballeros, dueños, escuderos, magos y gigantes que creara con su fantasía. No reniega de ellos, sino que los deja ahí. Los abandona con la frente alta y el gesto sereno de quien, habiendo cumplido su misión, se enfrenta con el tremendo misterio para el que hemos nacido: la muerte.

**Eduardo Rubio.**



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

# GALERIA DE PUBLICACIONES

## Angel Dotor:

### Cuatro pintores españoles del siglo de oro

PRIMOROSAMENTE editado por Dalmau Carles ha aparecido este nuevo libro del ilustre escritor manchego, Angel Dotor. En él, su autor nos da la biografía de cuatro de los más celebrados pintores de nuestra décimosexta centuria, junto con la exégesis e historia de sus cuadros más reputados.

La obra pictórica de Morales, Sánchez Coello, Roelas y Ribalta, esparcida por toda la Península y diversos países del extranjero, está cuidadosamente catalogada y comentada en este libro, donde el ilustre escritor, cuya pluma goza en estas cuestiones de un merecido prestigio, vierte el nutrido caudal de su profunda intuición en la materia con un lenguaje tan claro que consigue adentrarnos en la obra de los artistas comentados, descubriéndonos y analizándonos las calidades y el mérito logrado en sus creaciones.

Angel Dotor que, aparte de esta obra, ha escrito anteriormente sendas monografías de *El Greco* y *Velázquez*, con destino a una colección de diez volúmenes titulada *Los grandes maestros de la pintura española*, y otro libro sobre Juan de Juanes, que ya comentamos en estas páginas, aporta ahora a la bibliografía de nuestra pintura cuatro estudios biográfico-críticos, magníficamente concebidos y realizados, y en los que el juicioso comentario se mezcla con la anécdota para completar el interés del libro. Tal es el estilo ameno y ágil de Angel Dotor, que campea en el curso de esta obra, y tal la impresión admirativa que su lectura nos produce, que no dudamos en colocarlo plenamente entre las mejores biografías que acerca de los pintores de nuestro Siglo de Oro existen.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.

*Ejemplar*

GRATUITO

Imprenta "T. P. A."
ALCALA DE HENARES

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Albores . #10, 8/1947.